



...Miguel Ángel, Rafael, Signorelli, Piero della Francesca: para mí siempre ha sido natural sentirlos como vecinos de mi casa, porque desde la ventana del colegio podía ver la alta colina en la que el primero había nacido, o caminar al lado de mi padre por los mismos caminos por los que el segundo, aún casi adolescente, pasaba para ir a pintar sus primeras obras, o al ir por setas encontrarme en una iglesita con pinturas al fresco del tercero, o también, cuando acompañaba al final de mi primera infancia a mi madre al trabajo, atravesar los mismos lugares donde el cuarto había tenido sus magníficas visiones.

Y más tarde, los paisajes de Perugino, el raciocinio de Luca Pacioli y mucho antes la lírica de Petrarca: todo me ha pertenecido siempre de forma espontánea.

En el campo había ancianos que sólo habían hecho el tercer grado, pero conservaban en la memoria versos de Dante, y mi padre, que era mecánico, para satisfacer mis caprichos me hablaba del Conde Ugolino y para premiarme me enseñaba su colección de monografías de los pintores de todos los tiempos y países.

Donde me tocó nacer las cosas eran así: se trabajaba con las manos y se admiraba la belleza. Y en cualquier situación: un tío abuelo mío, músico, compuso un minué a las dos cuarenta de la madrugada, en el interior de una trinchera del Carso.

Más tarde, en ese lugar mental y físico, el espacio se cerró para mí y descubrí la importancia de la huida.

Aún sigo vagando, un poco exiliada y un poco fugitiva persiguiendo, o quizá ya explorando, mi Renacimiento personal.

Seguramente también por eso no puedo vivir sin la idea del libre pensamiento...